

Literatura y vida en *El Quijote*¹

Literature and Life in *Don Quixote*

CARMEN I. PÉREZ MARÍN, Ph. D.
Catedrática

Universidad de Puerto Rico

Correo electrónico: carmen.perezmarin@gmail.com

RESUMEN

Este ensayo examina algunas instancias en *El Quijote* en las que las fronteras entre la vida y la literatura se borran. Se inserta en las discusiones sobre un tema, que a pesar de haber sido ampliamente estudiado, no parece agotarse.

Palabras clave: *El Quijote*, literatura, vida, personajes, Cervantes

ABSTRACT

This essay examines some instances in *Don Quixote* in which the boundaries between life and literature are erased. It engages in the discussions on a subject, which despite having been widely studied, does not seem to have been exhausted.

Keywords: *Don Quixote*, literature, life, characters, Cervantes

¹ Este trabajo fue leído como parte de las actividades de la Fiesta de la Lengua, celebrada en abril de 2016 en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

“a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído” (DQ, I, 2, 82)

“S.L. ¿Adónde vuelve cuando sufre?

P.P. A los libros. La promesa de liberación de las ataduras cotidianas que trae todo libro es el mejor refugio ante el presente.”

Patricio Pron²

Para mis maestros en El Quijote, con agradecimiento

Aunque podría pensarse que el tema que da lugar a esta reflexión pudiera haberse agotado con el paso del tiempo, la literatura y la vida están tan fuertemente ligados en esta obra que cuatro siglos después de su publicación aún sigue siendo objeto no sólo de investigación sino de maravilla. Hace poco más de un mes, escuchamos al escritor francés Jean-Marie Le Clézio, ganador del premio Nobel de literatura en 2008, afirmar que *El Quijote* es un libro que “abarca la totalidad de la vida”. Confesaba además que esa obra que leyó con fruición cuando era niño en la biblioteca de su abuelo en la isla de Mauricio, lo había fascinado porque en ella Cervantes había hecho “literatura de la vida”.³

El Quijote es un texto en el que las fronteras entre lo leído y lo vivido se tornan borrosas desde el momento mismo en que los lectores abrimos el libro y comenzamos a recorrer sus páginas. Nadie lo ha visto mejor que Borges quien en su *Parábola de Cervantes y de Quijote* funde al soñador Cervantes con el soñado don Quijote. En ese breve texto, el autor, agobiado por la realidad de su tierra y de su tiempo

² Respuesta de Patricio Pron en entrevista realizada por Sergio Lillo: “Mis padres me dijeron que fuera lo que quisiera menos policía o cura”, Madrid: *El País*, 7 de abril de 2016.

³ Conferencia inédita de Le Clézio titulada “Don Quijote bajo el trópico” leída el 15 de marzo de 2016 en San Juan de Puerto Rico.

e impulsado por sus lecturas, inventa un personaje crédulo que perturbado por las suyas se empeña en buscar aventuras maravillosas en lugares prosaicos. Ambos oponen el mundo libresco e irreal al entorno común y cotidiano en que vivían. Destaca Borges que a don Quijote, vencido por la realidad, por España, le sobrevive poco tiempo Cervantes. No obstante, con el pasar de los años y por virtud de la literatura, lo que era cotidiano se convierte en mito y la oposición entre lo prosaico de la vida y lo poético de las lecturas se disuelve.

Desde el momento mismo en que Miguel de Unamuno intentó separar con un corte limpio la vida de la literatura en su libro *Vida de don Quijote y Sancho*, muchos lectores nos hemos sentido convocados a participar del diálogo iniciado por esta acción y seguimos buscando argumentos que sirvan para objetar esa división tajante. Recordemos que Unamuno en su exégesis del texto cervantino opta por saltarse el comentario del capítulo VI de la primera parte aduciendo a que: “es crítica literaria que debe importarnos muy poco. Trata de libros y no de vida. Pasémoslo por alto” (71). Este planteamiento por parte de un autor tan polémico como Unamuno quién declaró que no era socialista ni republicano sino **quijotista**, se ha visto como un desafío para los críticos que intentan desmentirlo.

En un imprescindible libro de 1955 titulado: *Don Quijote: la vie et les livres*, la investigadora holandesa Mia Gerhardt argumenta que la antítesis que establece don Miguel entre libros y vida resulta arbitraria ya que, de acuerdo con ella: “la literatura es el protagonista desencarnado y omnipresente del libro”. Argumenta además que: “[d]e las obras maestras de la novela universal, hay pocas tan desbordantes de vida; y muy pocas también en las que los libros desempeñen un papel tan esencial. La literatura ha provisto la razón de ser, ha determinado la concepción misma del héroe y esta inextricablemente tejida en la trama de la obra” (1).⁴

Para esta investigadora, el punto de partida de la obra es indudablemente la literatura y esto se formula explícitamente en el prólogo en el que Cervantes afirma que con ella se propone arruinar el pres-

⁴ El estudio de Mia Gerhardt, *Don Quijote: la vie et les livres*, publicado en 1955 sigue siendo un texto de consulta indispensable sobre este tema. Las traducciones de las citas son mías.

tigio de que gozan los libros de caballerías. Señala además que tanto la concepción del personaje como la trama de la novela obedecen al propósito expreso del autor. De una parte, don Quijote se vuelve loco a fuerza de leer, y de otra, la trama de la obra expresa el conflicto entre la vida real y cotidiana del personaje y el universo que se forja don Quijote a base de unas lecturas cuyas leyes y modos de operar quiere imponer al mundo que le rodea.

Las observaciones de Gerhardt resultan atinadas en la medida en que destaca que la literatura y la vida están imbricadas en la obra desde el prólogo. Recordemos que Cervantes ante la dificultad de escribir el prólogo de la primera parte, se inventa a sí mismo como personaje e inventa a un amigo que le ofrece la clave para escribirlo y le permite salir del aprieto en que se encuentra. También los versos preliminares que le sirven de pórtico a la novela se atribuyen a personajes literarios transgrediendo así la costumbre de solicitar a los amigos poemas que acompañen el texto y oscureciendo desde el comienzo la línea divisoria entre libro y vida.

Por su parte, Edward Riley, en su *Teoría de la novela en Cervantes*, destaca que “la interacción de la literatura y la vida es algo fundamental en el *Quijote*”. Apunta además que don Quijote es ante todo un hombre que pierde el juicio por haber sido lector asiduo de los libros de caballerías. El deseo de convertirse en caballero andante y el resto de sus desvaríos están estrechamente ligados a sus lecturas y la característica más notable de las fantasías de don Quijote es “la naturaleza libresca, fabulosa de las mismas”. Para Riley don Quijote es, a su manera, un artista y el medio del que se vale para la imitación no será la creación literaria o las palabras, sino la acción, la vida misma:

Su imitación de los héroes caballerescos aspira a ser tan completa que se transforma en una tentativa de vivir la literatura. No se siente impulsado por una vaga especie de emulación, ni su intención lo lleva a remedar los hábitos, modales e indumentaria de los caballeros andantes (...) ni siquiera está representando un papel en el sentido usual de la frase. Se empeña en que nada menos que la totalidad de ese mundo fabuloso (...) tenga que ser parte de su experiencia (69).

Don Quijote prefiere vivir un libro de caballerías a escribirlo y en cierta medida es el autor de su propia biografía. En ese sentido remeda al propio Cervantes quien, como ha señalado la doctora Ruth Fine: “es el artífice de su propia biografía”⁵. En el caso de don Quijote, sin embargo, la escritura del libro que recoge sus peripecias será tarea de otro autor o de otros autores. Estos relatarán sus aventuras y hazañas en una novela de la cual don Quijote es consciente de ser el héroe, particularmente en la segunda parte. No hay que olvidar que es en la segunda parte que don Quijote decide hacer algo distinto a lo que ha escrito sobre él Avellaneda en el *Quijote apócrifo*. De este modo afirma una vez más su libertad al actuar de acuerdo con su voluntad.

Don Quijote es un artista original ya que a pesar de estar empapado de sus lecturas y de poder reproducir a la menor provocación las invenciones y hasta el estilo de éstas, decide voluntaria (y voluntariosamente) vivirlas en lugar de escribirlas. Sabemos que don Quijote no es el único personaje que ha sentido el deseo de escribir sus historias. En algún momento dirá que ha contemplado continuar la narración de las aventuras de don Belianís de Grecia. El canónigo de Toledo también ha querido componer un libro de caballerías y ya lleva más de cien páginas escritas. Ginés de Pasamonte está en proceso de escribir su autobiografía picaresca y a otros como al ventero le han venido ganas de actuar como los personajes de los libros que ha escuchado leer en voz alta. Por esa razón Dorotea le comentará por lo bajo a Cardenio que no le falta mucho al huésped para “hacer la segunda parte de don Quijote” (I, 32, 396).⁶

Como ha señalado Américo Castro:

Leer o haber leído, escribir o estar escribiendo son tareas de muchos de los personajes que pueblan las páginas del Quijote, tareas sin las cuales no existirían algunos de ellos. La palabra escrita sugiere y sostiene el proceso de vida o sirve de expre-

⁵ Lo indica en una conferencia titulada: “La tradición judía en la literatura de Cervantes” leída el 28 de abril de 2016 en San Juan de Puerto Rico.

⁶ Luis Andrés Murillo señala en su nota a este parlamento que en este comentario Dorotea alude al teatro. De acuerdo con el crítico se refiere a interpretar el segundo papel (convertirse en personaje) “en la comedia de don Quijote”.

sión a la vida; no desempeña misión decorativa o ilustradora, sino que parece articulada con el existir mismo de las personas. (359)

Otros personajes en la obra también modelan sus vidas de acuerdo con la literatura. Pensemos en Cardenio, en Grisóstomo o en Dorotea que deciden llevar una vida ficticia o artificial basada en la literatura pastoril. En algunos casos es la literatura la que funciona como el estímulo que impulsa las acciones de los personajes.

Ruth El Saffar propone que en el universo cervantino el arte y la vida se combinan para formar un todo integrado. Examina el episodio de Grisóstomo y Marcela como muestra de un proceso en el cual una obra de arte que parte de un evento “real” suscita una cadena de eventos “reales” que a su vez cristalizan en otra obra de arte que produce otro evento “real”. Explica la oscilación del siguiente modo: los espectadores oyen hablar de Grisóstomo, de su amor no correspondido y de su trágica muerte a través del relato del pastor Pedro, luego ven a Grisóstomo muerto, también ven los papeles que deja y escuchan sus poemas en los que se menciona a Marcela. Finalmente el proceso artístico se completa con la aparición de una Marcela “de carne y hueso” que a su vez representa el ideal femenino de virtud y belleza en la literatura. Debemos observar que el discurso de libertad que ésta pronuncia constituye otra obra de arte que a su vez motiva la acción de don Quijote, basada en los principios caballerescos, de defenderla amenazando con enfrentarse a quien trate de seguirla.

Podríamos afirmar que de algún modo todos los personajes que deciden participar en algún momento de la “locura” de don Quijote se contagian con su propuesta de base literaria al intentar vivir una vida distinta a la usual aunque sea por corto tiempo (el ventero y las mujeres que don Quijote encuentra en la venta en que se arma caballero, el cura y el barbero, Dorotea, Cardenio, don Fernando, los detestables duques y su numeroso séquito, Sansón Carrasco y por supuesto, Sancho Panza, su mejor discípulo). Las razones para hacerlo pueden ser diversas (la burla, el entretenimiento, el deseo de ‘seguirle la corriente’ o de traer a don Quijote a la cordura, entre otras), pero indudablemente la cercanía con don Quijote trastoca

sus vidas. No obstante, es don Quijote quien da el paso de un modo definitivo al decidir de manera voluntaria sustituir su propia vida anodina y rutinaria por una vida deseada, más plena anclada en sus lecturas. Don Quijote es un lector que se identifica totalmente con las historias que lee, al punto que imagina que conoce personalmente a sus personajes y se refiere a ellos como amigos ausentes a quienes es capaz de inventarles una fisonomía de acuerdo a su capricho y a los que en ocasiones dota de mayor realidad que a los personajes que lo rodean.

Sin embargo, fiel a la estrategia cervantina del vértigo que tan bien supo distinguir Raimundo Lida en un ensayo publicado en Puerto Rico en la revista *Asomante*, el cotejo de la realidad del que es capaz don Quijote en relación con el mundo idealizado encarnado en sus lecturas, no pocas veces está marcado por la distancia crítica. Tomemos como ejemplo el regreso a su aldea al final de la primera parte. Don Quijote es maniatado, enjaulado y conducido en un carro de bueyes. Se le figura que nunca ha leído, ni visto ni oído que los caballeros andantes se desplacen de un modo tan lento (y debemos suponer, tan poco digno) cuando generalmente vuelan por los aires en una nube o en un carro de fuego o montan animales fabulosos que los transportan rápidamente de un lugar a otro. Las posibles explicaciones que ofrece a su propia confusión y que mantienen su ilusión y su dignidad intactas son las siguientes:

Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo y el primero que ha resucitado el olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados (I, 47, 557).

Poco después, cuando Sancho le dice que sus disfrazados acompañantes no son otros que el cura y el barbero de su pueblo, Don Quijote insiste en que sólo fuerzas sobrenaturales son capaces de enjaularlo: “¿qué quieres que diga o piense sino que la manera de mi

encantamiento excede a cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados?” (I, 48, 574). A través de esta explicación don Quijote defiende su singularidad y late en ella la conciencia de sí mismo que recoge la contundente afirmación: “Yo sé quien soy” (I, 5, 106). Américo Castro señala que esta auto afirmación ligada a una postura de rechazo a la sociedad en que vivían es compartida por don Quijote y Cervantes: “Don Quijote y Cervantes vuelven la espalda a la sociedad de 1600, y emprenden la tarea de construirse un mundo suyo, distinto del reconocido por todos como inmutable e irremovible, fueran como fueran sus errores y sus fallas” (393).

La presencia o corporeidad de los libros es evidente a lo largo de la obra. Los libros, papeles y manuscritos aparecen en maletas, en bibliotecas y hasta en el Alcaná de Toledo. Los libros se guardan, se encuentran, se tocan, se leen, se traducen, se regalan y hasta se queman. Precisamente el cura que se encargó de llevar a cabo un improvisado auto de fe en la librería de don Quijote en compañía del barbero, el ama y la sobrina, se refiere a su hazaña al contársela al canónigo de Toledo como: “el escrutinio que dellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida” (I, 47, 566 el subrayado es nuestro).

Los efectos que producen los libros en las vidas de los personajes son múltiples a lo largo de la obra. Según Américo Castro: “el tema básico del Quijote es la vida como fluencia, el reflejo de las incitaciones (palabra escrita o hablada) sobre el cauce del vivir de cada uno”. En la venta de Juan Palomeque el Zurdo, ese lugar de encuentro en el que ocurren o se narran muchos de los incidentes de la primera parte, se recoge de manera sucinta lo que la literatura es capaz de producir para distintos personajes. Sabemos cuáles son las consecuencias de la lectura de los libros de caballerías en la conducta de don Quijote (para quien son “el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida” (I, 24, 297) y conocemos los efectos que ha tenido en Sancho por el contagio con su amo. El capítulo 32 de la primera parte sirve para ilustrar este argumento ya que constituye una especie de mosaico de las emociones diversas que suscita la lectura en personajes que aunque no sepan leer no escapan a su encanto. Veamos.

Ante la noticia que le da el cura de que don Quijote ha perdido el juicio a causa de la lectura de los libros de caballerías, el ventero exclamará incrédulo:

No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que , a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo por ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos de él más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas; a lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días (I, 32, 392-3, los subrayados son nuestros).

Su esposa, la ventera, disfruta de la lectura en voz alta en tanto mantiene ocupado a su marido y se olvida de reñirla. Mientras que Maritornes prefiere las partes más sensuales de estos textos y le parece “que todo esto es cosa de mieles”. La hija, sin embargo gusta “de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras” y añade “que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo”. Por eso cuando el cura propone hacer una segunda quema de libros con los que posee el ventero aduciendo a que “son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos”, éste se opone tenazmente y afirma lo siguiente: “antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros” (I, 32, 395).

Parece entonces que Cervantes ha sabido incorporar en su libro uno de los elementos más importantes de los libros de caballerías que se propone destruir y es el de producir placer. Uno de los consejos que le ha dado su amigo inventado en el prólogo, quizá el más importante de todos, es que escriba un texto para lectores diversos: “Procurar también que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire

de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla” (I, Prólogo, 58).

El éxito que ha tenido la publicación de la primera parte descansa, de acuerdo con Sansón Carrasco, en la acogida que ha tenido por parte de un público diverso: “los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran” (II, 3, 64).

Ciertamente Cervantes ha conseguido seducir a un público inmenso, diverso e inagotable con una obra tan vital como libresca y cuatro siglos más tarde su texto sigue ofreciendo vida a sus lectores. Como ha señalado Ricardo Piglia, en toda la obra, excepto por un breve episodio en el que don Quijote hojea el libro de Avellaneda, nunca vemos al personaje leer libros de caballerías: “Ya ha leído todo y vive lo que ha leído y en un punto se ha convertido en el último lector del género. Hay un anacronismo esencial en don Quijote que define su modo de leer. Y a la vez su vida surge de una distorsión de esa lectura. Es el que llega tarde, el último caballero andante (189).

De acuerdo con Piglia, Borges es “el lector más creativo, más arbitrario, más imaginativo que haya existido desde don Quijote” (26). Ambos, don Quijote y Borges encarnan: “la figura del último lector [que] es múltiple y metafórica” (190). Nosotros, como lectores del Quijote debemos aspirar a ser como ese último lector que describe Piglia que en el acto de leer “construye un espacio entre lo imaginario y lo real, desarma la oposición binaria entre ilusión y realidad” (30) y quizás se anima a fusionar literatura y vida. Un juicio muy lúcido del maestro Raimundo Lida que hermana al libro con el lector, sirve para concluir esta reflexión:

No hay libro que más generosamente se entregue a cada lector personal, digno de recibir con alegría y reverencia a un Cervantes también personal (...) Si hacemos alrededor de la gran novela el silencio y soledad que ella exige (esto es, si le damos de veras nuestra compañía), sentiremos enseguida el hechizo de tan inimitable despertador de almas. Don Quijote se cumple en cada lector que lo merezca, con existencia alucinante; es cada lector. Pues a cada uno está destinado este libro más y más necesario en un mundo cada día menos quijotesco (...)

Unido a otras excelsas visiones, don Quijote entra victorioso en la suprema imagen del hombre que los poetas vueltos hacia la vida han ido labrando a través de la historia (25).

Y una exhortación suya, la cierra: “Por encima de toda duda, viva la vida” (9).

OBRAS CITADAS

- Borges, Jorge Luis. “Parábola de Cervantes y de Quijote”. *El hacedor*. Buenos Aires: Emecé, 1960.
- Castro, Américo. *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus, 1967.
- Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha I- II*. Edición y notas de Luis Andrés Murillo. Madrid: Castalia, 1978.
- El Saffar, Ruth. *Distance and Control in Don Quixote: A Study in Narrative Technique*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1975.
- Fine, Ruth. “La tradición judía en la literatura de Cervantes”, conferencia leída en el Centro Comunitario Judío de Puerto Rico, Sinagoga Shaare Zedek, San Juan el 28 de abril de 2016.
- Gerhardt, Mia. *Don Quijote: la vie et les livres*. Amsterdam: N.V. Noord-Hollandsche, 1955.
- Le Clézio, Jean-Marie. “Don Quijote bajo el trópico”, conferencia magistral ofrecida en San Juan de Puerto Rico el 15 de marzo de 2016 como parte del 7mo Congreso Internacional de la Lengua Española (CILE).
- Lida, Raimundo. “Vértigo del Quijote”. *Asomante*, 18.18 (1962): 7-26.
- Piglia, Ricardo. *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- Riley, Edward. *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid: Taurus, 1966.
- Unamuno, Miguel de. *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Imprenta Renacimiento, 1914.